

VI

El pabellón

Habiendo entrado tarde, acostándose pronto, y dormidose profundamente, Gilberto olvidó colocar en su buharda el pedazo de tela que le servía para interceptar la luz del sol naciente.

Este sol, dándole en los ojos á las cinco de la mañana, le despertó pronto, y se levantó inquieto de haber dormido demasiado.

Gilberto, como hombre de los campos, sabía conocer perfectamente la hora por la situación del sol y el calor más ó menos ardiente de sus rayos, y corrió á consultar su reloj.

La palidez de la luz, que iluminaba apenas la copa de los árboles, le tranquilizó; pues en vez de haberse levantado demasiado tarde se había levantado demasiado temprano.

Gilberto hizo su toaleta á la buharda pensando en los acontecimientos de la víspera, y exponía con delicia su ardiente y aturdida frente á la fresca brisa de la mañana; luego se acordó de que Andrea habitaba en una calle inmediata cerca del hotel de Armenonville, y trató de adivinar en cuál de todas aquellas casas vivía.

La vista de las sombras que dominaba le recordó una de las palabras de la joven que la había oído la víspera.

— ¿Hay árboles allí? había preguntado Andrea á Felipe.

¿Por qué no habría elegido el pabellón inhabitado del jardín? se decía Gilberto.

Esta reflexión le condujo naturalmente á ocuparse de aquel pabellón.

Por una extraña coincidencia con su pensamiento, un rumor y un movimiento desusados llamaban además su mirada hacia aquel lado. Una de las ventanas de aquel pabellón, ventana que parecía condenada hacia largo tiempo, se conmovió bajo una mano torpe ó inhábil, cedió la madera por encima, pero, pegada sin duda por la humedad al marco, resistía á abrirse.

En fin, una sacudida más violenta hizo rechinar la madera, y las dos hojas, abiertas bruscamente, dejaron ver una joven encendida aun por los esfuerzos que acababa de hacer, y sacudiendo sus manos empolvadas.

Gilberto lanzó un grito de asombro y se retiró hacia atrás, pues aquella joven, abotagada aun por el sueño y que se estiraba al aire libre, era Nicole.

No podía haber la menor duda. La víspera había anunciado Felipe á su padre y á su hermana que La Brie y Nicole estaban preparando su habitación; por consiguiente aquel pabellón era el preparado. Aquella casa de la calle de Coq-Herón en que se habían metido los viajeros, tenía, pues, sus jardines que daban detrás de la calle Pátriére.

El movimiento de Gilberto había sido tan marcado que, si Nicole, aunque bastante distante, no hubiese estado tan absorta en esa contemplación ociosa que es una felicidad en el momento de despertar, habría visto á nuestro filósofo en el instante en que se retiraba de su buharda.

Pero Gilberto se había retirado con tanta más rapidez, porque le hubiera gustado muy poco el ser descu-

bierto por Nicole á la buharda de un tejado ; tal vez si se hallase en un primer piso, y por su ventana abierta se hubiesen podido percibir detrás de él ricas colgaduras y muebles suntuosos, habría temido menos Gilberto el que le vieses ; pero el desván del quinto piso le clasificaba aun demasiado abajo en las inferioridades sociales para que no procurase ocultarse cuidadosamente. Además siempre hay una grande ventaja en ver sin ser visto.

Por otra parte, si Andrea sabía que él estaba allí, ¿ no era bastante para que Andrea mudase de casa ó para que no se pasease por el jardín ?

— ¡ Ay ! el orgullo de Gilberto le engrandecía aun á sus propios ojos. ¿ Qué importaba Gilberto á Andrea, y porqué había de mover ésta un pie para aproximarse ó alejarse de Gilberto ? ¿ No era de esa raza de mujeres que salen del baño delante de un lacayo ó un paisano, porque un lacayo ó un paisano no son hombres ?

Pero Nicole no era de esa raza, y era preciso evitar á Nicole.

He ahí porqué se había retirado Gilberto tan bruscamente.

Pero no podía haberse retirado para permanecer distante de la ventana ; por consiguiente se fué acercando lentamente, y se aventuró á mirar por el ángulo de la buharda.

Acababa de abrirse otra ventana situada en el piso bajo, exactamente debajo de la primera, y se arrimó á ella una forma blanca : era Andrea que acababa de levantarse ; Andrea con un peinador de mañana, y ocupada en buscar la pantufla que acababa de escaparse de su menudo pie adormecido aún, y que había ido á parar debajo de una silla.

Por más que Gilberto se había jurado, cada vez que veía á Andrea, el hacerse un parapeto de su odio, en

lugar de dejarse arrastrar de su amor, el mismo efecto se había reproducido por la misma causa ; tuvo que apoyarse contra la pared, su corazón palpitaba como si quisiera salirse del pecho, y sus latidos hacían hervir su sangre en todo su cuerpo.

Sin embargo, poco á poco se fueron calmando las arterias del joven, y pudo éste reflexionar. Como hemos dicho, se trataba de ver sin ser visto. Cogió uno de los vestidos de Teresa, lo prendió con un alfiler á una cuerda que atravesaba todo lo largo de la ventana, y tras de aquella cortina improvisada pudo ver á Andrea sin ser visto de ella.

Andrea imitó á Nicole ; estiró sus bellos brazos blancos, que, por su tensión, separaron por un instante el peinador ; luego se inclinó sobre el antepecho de su ventana para interrogar más á sus anchuras los jardines inmediatos.

Entonces, su vista expresó una satisfacción notable ; ella, que tan rara vez sonreía, sonrió sin doblez á las cosas. De todos lados se veía cubierta de sombra por grandes árboles ; de todas partes se veía rodeado de verdura.

La casa de Gilberto atrajo las miradas á Andrea, como todas las otras casas que rodeaban el jardín. Desde el sitio en que estaba Andrea, sólo se podían ver las bohardillas, así como sólo desde éstas se podía ver dentro de la habitación de Andrea. Así, no fijó su atención, porque ¿ qué podía importar á la orgullosa joven la raza que habitaba en aquella bohardilla ?

Andrea, después de su examen, quedó, pues, convencida de que era invisible, y que en los límites de aquel tranquilo retiro no aparecía ningún rostro curioso y jovial de los parisienses burlones tan temidos de las mujeres de provincia.

Ese resultado fué inmediato. Andrea, dejando abierta

de par en par su ventana para que el aire matinar pudiese bañar hasta los últimos rincones de su cuarto, se dirigió á su chimenea, tiró del cordón de una campanilla, y comenzó á vestirse, ó más bien á desvestirse en la penumbra del cuarto.

Llegó Nicole, desató las correas de un estuche de zapa que databa del tiempo de la reina Ana, tomó el peine de concha y desenredó los cabellos de Andrea.

En un momento, las largas trenzas y los bucles espesos se esparcieron como una capa sobre las espaldas de la joven.

Gilberto dió un suspiro ahogado. Apenas si reconocía aquellos hermosos cabellos de Andrea que la moda y la etiqueta acababan de cubrir de polvos; pero reconocía á Andrea, Andrea medio desnuda, cien veces más bella con su negligencia que lo hubiera estado con los más pomposos djes. Su crispada boca no tenía ya saliva, sus dedos ardían de calentura, su vista se apagaba á fuerza de fijeza.

La casualidad hizo que, mientras la peinaban, levantase Andrea la cabeza y se fijase su vista en la bohardilla de Gilberto.

— Sí, sí; mira, mira, murmuró Gilberto; por más que mires, no verás nada, mientras yo lo veré todo.

Gilberto se engañaba; Andrea veía alguna cosa, el vestido flotante, arrollado al rededor de la cabeza del joven, y que le servía de turbante.

Andrea mostró con el dedo á Nicole aquel extraño objeto.

Nicole interrumpió la complicada faena que había emprendido, y señalando la buharda con el peine, pareció preguntar á su ama si era aquel el objeto que le mostraba.

Esta telegrafía, que Gilberto devoraba y de la que

gozaba perdidamente, tenía un tercer espectador, sin que él lo presumiese.

Gilberto sintió de repente una mano brusca separar su frente del vestido de Teresa y cayó anonadado al ver á Rousseau.

— ¿Que diablo hacéis aquí, señor? exclamó el filósofo frunciendo el ceño y haciendo un gesto desagradable, y un examen escrutador del vestido de su mujer.

Gilberto se esforzó por apartar de la ventana la atención de Rousseau.

— Nada, señor, dijo; absolutamente nada.

— ¡Nada! ¡entonces por qué os ocultabais debajo de este vestido?

— Me ofendía el sol.

— ¿Estamos al poniente, y el sol os ofende al tiempo de salir? Tenéis muy delicados los ojos.

Gilberto balbuceó algunas palabras, y conociendo que cuanto más hablaba, más se condenaba á sí mismo, ocultó su cabeza entre sus manos.

— Mentís y tenéis miedo, dijo Rousseau, luego hacíais mal.

Y después de esta terrible lógica, que acabó de trastornar á Gilberto, vino Rousseau á cuadrarse delante de la ventana.

Por un sentimiento demasiado natural para que haya necesidad de ser explicado, Gilberto, que momentos antes temía ser visto en aquella ventana, se lanzó á ella al aproximarse Rousseau.

— ¡Ah! ¡ah! dijo éste con un tono que heló la sangre en las venas de Gilberto; el pabellón está ya habitado.

Gilberto no desplegó sus labios.

— Y por gentes, continuó el filósofo sin deponer el

ceño. por gentes que conocen mi casa, porque se la enseñan unas á otras.

Gilberto, que comprendió que había avanzado demasiado, hizo un movimiento hacia atrás.

Y el movimiento ni la causa que lo había producido escaparon á Rousseau quien comprendió perfectamente que Gilberto temía ser visto.

— No, no, dijo cogiendo al joven por el brazo; no huyáis, amigo mío; allá abajo traman alguna cosa, pues señalan vuestra bohardilla; colocaos aquí, si os place.

Y le llevó delante de la ventana, descubierto, tremulo, anonado de vergüenza y de temor.

— ¡Oh! no, señor, no, por piedad! exclamó Gilberto haciendo los mayores esfuerzos para escaparse.

Pero para escaparse, lo que era fácil á un joven fuerte y ágil como Gilberto, era preciso que trabase una lucha, y una lucha con Rousseau, una lucha con su Dios; el respeto le contenía.

— ¿Conocéis á esas mujeres, dijo Rousseau, y ellas os conocen?

— No, no, no, señor.

— Pues si no las conocéis, ni ellas os conocen, ¿por qué no queréis asomaros?

— Señor Rousseau, algunas veces habéis tenido secretos en vuestra vida, ¿no es verdad? Pues bien, respetad un secreto.

— ¡Ah traidor! exclamó Rousseau; sí, conozco los secretos de esta especie; tú eres una criatura de los Grimm, de los Holbach: te han hecho aprender un papel para captar mi benevolencia: te has introducido en mi casa y me vendes. ¡Oh tonto de mí! ¡oh! estúpido amante de la naturaleza. Creo socorrer á uno de mis semejantes, y traigo á mi casa un espía.

— ¡Un espía! exclamó Gilberto casi indignado.

— Veamos; ¿cuándo piensas venderme, Judas? dijo Rousseau cubriéndose con el vestido de Teresa, que había guardado maquinalmente en su mano y creyendo hallarse sublime de dolor, cuando desgraciadamente sólo estaba ridículo y risible.

— Señor, me calumniáis, dijo Gilberto.

— ¿Te calumnio, ¡eh! víbora, exclamó Rousseau, cuando te sorprendo ocupado en entenderte por señas con mis enemigos, y acaso en decirles el asunto de mi última obra?

— Señor, si hubiese venido á vuestra casa para revelar el secreto de vuestro trabajo, mejor hubiera hecho en copiar vuestros manuscritos que están sobre vuestro bufete, que en contar por señas el asunto que tratan.

Verdad era, y Rousseau conoció tan claramente que había dicho una de esas atrocidades que se le escapaban en sus monomanías, que se incomodó sobremanera y añadió:

— Caballero, dispensadme lo que voy á decirlos: la experiencia me ha hecho severo; mi vida ha pasado entre continuas decepciones; todos me han engañado, todos han renegado de mí, todos me han vendido y martirizado. Yo soy, ya lo sabéis, uno de esos ilustres desgraciados que los gobiernos pregonan como malhechores. En semejante situación, lícito me será ser desconfiado y receloso. Así que tengo sospechas de vos, y es menester que os marchéis de mi casa.

Gilberto no esperaba esta peroración.

— ¡Él, Gilberto, ser echado de la casa de Rousseau!

Cerró sus puños crispados, y una mirada centellante hizo estremecer á Rousseau.

Pero el rayo que sus ojos fulminaron pasó pronto, y se extinguió sin ruido.

Gilberto había reflexionado que al partir iba á perder la felicidad tan dulce de ver á Andrea á cada instante del día, y todo esto perdiendo la amistad de Rousseau : esto era á la vez una desgracia y una afrenta.

Cayó desde lo alto de su orgullo salvaje, y juntando las dos manos, dijo :

— Señor, escuchadme una palabra, una sola.....

— Soy implacable, exclamó Rousseau ; los hombres me han hecho con sus injusticias más feroz que un tigre. Estáis en correspondencia con mis enemigos : id á reunirlos con ellos, no os lo impido ; ligaos con ellos, no me opongo ; pero salid de mi casa.

— Señor, esas dos jóvenes no son enemigas vuestras ; son la señorita Andrea y Nicole.

— ¿ Quién es esa señorita Andrea ? preguntó Rousseau, á quien no era del todo desconocido aquel nombre pronunciado ya dos ó tres veces por Gilberto ; ¿ quién es esa señorita Andrea ? decid.

— La señorita Andrea, señor, es la hija del barón de Taverney ; es, ¡ oh ! perdonadme que os diga tales cosas, pero me obligáis á ello, es la que amo más que habéis amado á la señorita de Galley, á madama de Warens, ni á otra persona alguna ; es la que he seguido á pie, sin dinero, sin pan, hasta que caí en el camino abrumado de fatiga y de dolor ; esa es la que ayer he ido á ver á San Dionisio, tras la que he corrido hasta la Muette, que volví á acompañar sin que me viese desde la Muette hasta la calle vecina á la vuestra, la que casualmente he visto esta mañana en ese pabellón ; y en fin, la misma por quien yo quisiera ser un Turenna, un Richelieu ó un Rousseau.

Rousseau conocía el corazón humano, y sabía el diapason de sus gritos : sabía que el mejor cómico no podía tener ese acento lastimero con que hablaba Gil-

berto, ni ese gesto febril con que acompañaba sus palabras.

— Según eso, dijo, ¿ esa dama es la señorita Andrea ?

— Sí, señor.

— ¿ Conque la conocéis ?

— Soy el hijo de su nodriza.

— Entonces mentais ahora mismo cuando deciais que no la conociais, y si no sois un traidor, sois un embustero.

— Señor, dijo Gilberto, me despedazáis el corazón, y en verdad que me hariais menos mal matándome en este sitio.

— ¡ Bah ! fraseología, estilo de Diderot y de Marmontel ; sois un embustero.

— Pues bien ; sí, sí, dijo Gilberto ; soy un embustero, señor, y tanto peor para vos si no comprendéis semejante mentira. ¡ Un embustero !..... ¡ un embustero !..... ¡ Ah ! parto..... ¡ Adiós ! Parto desesperado, pero mi desesperación quedará sobre vuestra conciencia.

Rousseau se acariciaba la barba mirando á aquel joven, que tan admirables analogías tenía con él mismo.

— He ahí un gran corazón ó un gran pícaro, dijo ; pero al cabo, si conspiran contra mí, ¿ por qué no he tener en mis manos los hilos de la conspiración ?

Gilberto había dado cuatro pasos hacia la puerta, y puesta la mano sobre el picaporte, sólo esperaba la última palabra que lo despidiera definitivamente ó le llamase.

— Basta ya de este asunto, amigo mío, dijo Rousseau. Si estáis enamorado hasta el punto que decís, ¡ ay ! tanto peor para vos. Pero ya se hace tarde ; habéis perdido el día de ayer ; tenemos que copiar hoy treinta páginas entre los dos. ¡ Alerta, Gilberto, alerta !

Gilberto cogió la mano del filósofo, y la apoyó en sus labios; seguramente no hubiera hecho tanto con la mano de un rey.

Pero antes de salir, y mientras Gilberto permanecía junto á la puerta, volvió á aproximarse Rousseau á la ventana y miró á las dos jóvenes.

En aquel momento acababa Andrea precisamente de dejar caer su bata, y tomaba un vestido de manos de Nicole.

Al ver Andrea aquella cabeza pálida, aquel cuerpo inmóvil, hizo un movimiento brusco hacia atrás, y mandó á Nicole que cerrara la ventana.

Nicole obedeció.

— Vamos, dijo Rousseau, mi cabeza de viejo le ha causado miedo; la de este joven no le asustaba tanto. ¡ Oh, hermosa juventud ! añadió suspirando.

O qui' entu primavera del eta !  
O primavera qui' entu del anno

Y volviendo á colgar del clavo el vestido de Teresa, bajó melancólicamente la escalera detrás de Gilberto, por cuya juventud hubiera tal vez trocado en aquel momento aquella reputación que equilibraba la de Voltaire y partía con ella la admiración del mundo entero.

## VII

## La casa de la calle de San Claudio

La calle de San Claudio, en la que el conde de Fénix había dado cita al cardenal de Rohán, no se diferenciaba tanto en aquella época de la que hoy existe, que no podamos hallar los vestigios de las localidades que vamos á bosquejar.

Desembocaba, como hoy, en la calle de San Luis y en el baluarte, pasando por esta misma calle de San Luis entre el convento del Sacramento y el palacio de Voysins, mientras que hoy separa en su extremo una iglesia y un almacén de drogas. Uníase como hoy al baluarte por una pendiente muy rápida. Tenía quince casas y siete faroles. Había en ella dos callejones sin salida. El uno á la izquierda, donde se veía el palacio de Voysins, y el otro á la derecha, al que caía el gran jardín del convento del Sacramento.

Á este último callejón daban sombra por la derecha los árboles del convento, y por la izquierda lo cerraba la gran pared pardusca de una casa que se elevaba en la calle de San Claudio.

Esta pared, semejante al rostro de un cíclope, no tenía más que un ojo, ó si se quiere, una ventana enrejada de espesas barras de hierro, y cubierta con una red de alambre, que presentaba un aspecto abominablemente negro.

Perpendicularmente debajo de esta ventana, que

jamás se abría, pues así lo indicaban las muchas telarañas que la entapizaban por fuera, perpendicularmente debajo de esta ventana, decimos, había una puerta guarnecida de grandes clavos, la cual indicaba, no que se entraba, si no que se podía entrar por este lado en la casa.

No había que buscar habitaciones en este callejón; sólo había dos habitantes: un zapatero de viejo dentro de un cajón de madera, y una calcetera en un tonel, ambos abrigándose bajo las acacias del convento, que desde las nueve de la mañana esparcían una gran frescura sobre el empolvado suelo.

Al anoecer se retiraba la calcetera á su domicilio, y el zapatero echaba el candado á su palacio, y nada vigilaba ya la calleja sino el ojo sombrío y tétrico de aquella ventana de que hemos hablado.

Además de la puerta que hemos dicho, la casa que tratamos de describir lo más exactamente posible, tenía otra entrada principal por la calle de San Claudio. Esta entrada, que era una puerta cochera con esculturas de un relieve que recordaba la arquitectura del tiempo de Luis XIII, estaba adornada con ese aldabón de cabeza de grifo que el conde de Fénix había indicado como señas positivas al cardenal de Rohán.

En cuanto á las ventanas, tenían vista sobre el baluarte, y desde por la mañana estaban abiertas para recibir los primeros rayos del sol.

Los habitantes de París en aquella época, y sobre todo en aquel barrio, no estaban muy seguros; así es que nadie se extrañaba de ver las ventanas enrejadas y las tapias erizadas de alcachofas de hierro.

Decimos esto, porque el primer piso de nuestra casa se asemejaba mucho á una fortaleza. Contra los enemigos, contra los ladrones y contra los amantes ofrecía

balcones de hierro con mil puntas aceradas; un foso profundo ceñía el edificio por el lado del baluarte, y para asaltar este fuerte por la calle, se hubieran necesitado escalas de treinta pies, pues la tapia tenía treinta y dos.

Esta casa, por delante de la cual nadie pasaría hoy sin detenerse inquieto y curioso, no tenía, sin embargo, en 1770, un aspecto muy extraño. Todo lo contrario, estaba en armonía con el barrio, y si los buenos habitantes de la calle de San Luis y los no menos buenos de la calle de San Claudio huían de esta casa y de sus alrededores, no era á causa de la misma casa, que conservaba todavía intacta su reputación, sino á causa del baluarte desierto de la calle de San Luis, bastante mal reputado, y del puente de Chou, cuyos dos arcos sobre un negro albañal parecían á todo parisiense, algo enterado de las tradiciones, las insuperables columnas de Gades.

En efecto, el baluarte por este lado sólo conducía á la Bastilla. En el espacio de un cuarto de legua no se veían diez casas, y como la municipalidad no hubiese juzgado á propósito alumbrar aquel vacío, aquella nada, al dar las ocho de la noche en el estío y las cuatro de la tarde en el invierno aquello era solamente el caos, sin contar los ladrones.

Sin embargo, por este baluarte fué por donde entró rápidamente un coche hacia las nueve de la noche, tres cuartos de hora después de la visita de San Dionisio.

Las armas del conde de Fénix decoraban las portezuelas de este coche.

En cuanto al conde, precedía al coche unos veinte pasos montado sobre Djerid, que hacía silbar su larga cola, aspirando el calor y el polvo del pavimento.

Dentro del coche, que llevaba echadas las persia-

nas, descansaba Loranza sobre mullidos cojines.

Abrióse la puerta como por encanto al ruido de las ruedas, y el coche, después de haberse sepultado en las negras profundidades de la calle de San Claudio, desapareció en el zaguán de la casa que acabamos de describir.

La puerta se cerró apenas entró el coche.

No había por cierto necesidad de tan gran misterio, que nadie había allí que pudiera ver entrar al conde de Fénix ó incomodarle en lo más mínimo, aunque hubiese traído de San Dionisio todo el tesoro abacial en los cofres de su coche.

Digamos ahora algunas palabras sobre el interior de esta casa, que nos importa dar á conocer á nuestros lectores, siendo nuestra intención introducirlos más de una vez en ella.

En este patio de que hablamos, se veían á la derecha las caballerizas, y á la izquierda las cocheras, y en el fondo un pórtico que conducía á una puerta por donde se subía indiferentemente por uno ú otro lado, por una escalera de doce gradas.

La parte baja de la casa, á lo menos la que era accesible, se componía de una inmensa antesala, de un comedor notable por el lujo de sus aparadores llenos de objetos de plata, y en fin, de un salón que parecía recién amueblado, y acaso expresamente para recibir á sus nuevos inquilinos.

Al salir de este salón, y al entrar en la antesala, se encontraba uno enfrente de una gran escalera que conducía al piso principal. Este piso se componía de tres piezas. Pero un geómetra hábil, midiendo con la vista la circunferencia del edificio y calculando su diámetro, no hubiera podido menos de admirarse de ver tan poca vivienda en semejante extensión. Su extrañeza, sin embargo, cesaría si supiera que en aquella

primera casa aparente existía otra oculta y conocida solamente del que la habitaba.

En efecto, en la antesala, y al lado de una estatua del dios Arpócrates, que con el dedo en la boca parecía recomendar el silencio de que es emblema, se abría, puesta en movimiento por un resorte, una puertecita perdida entre los adornos de arquitectura. Esta puerta daba entrada á una escalera, y esta escalera conducía á un pequeño aposento que recibía la luz por dos ventanas que caían á un patio interior.

Este patio interior era la caja que encerraba y ocultaba á todos los ojos la segunda casa.

El aposento á que conducía aquella escalera era evidentemente una alcoba de hombre. La colgadura de la cama y las alfombras colocadas delante de los sillones y los canapés eran de las pieles más magníficas que producen el África y la India; pieles de leones, tigres y panteras, de ojos brillantes y dientes todavía amenazadores. Las paredes cubiertas de cordobán, de primorosos dibujos, estaban decoradas de armas de toda especie, desde el tomahawk del Hurón hasta el erik del Malayo; desde la espada de cruz de los antiguos caballeros hasta el canglar del árabe; desde el arcabuz incrustado de marfil del siglo xvi hasta el fusil embutido de oro del siglo xviii.

Inútilmente se hubiera buscado en este aposento otra salida además de la de la escalera; acaso tendría una ó muchas desconocidas é invisibles.

Un criado alemán de 25 á 30 años, el único que se habría visto andar de muchos días á aquella parte por aquel inmenso palacio, echó el cerrojo á la puerta cochera, y abriendo la portezuela del coche mientras el cochero impasible desenganchaba los caballos, sacó á Lorenza dormida y la llevó en sus brazos hasta la antesala, donde la dejó sobre una alfombra encarnada,



y bajó hasta sus pies con discreción el largo velo blanco que envolvía á la joven.

En seguida salió á encender á los faroles del coche un candelero de siete brazos, que llevó todo encendido.

Pero durante este intervalo, aunque corto, había desaparecido Lorenza.

En efecto, tras el ayuda de cámara había entrado el conde de Fénix; tomó á Lorenza en sus brazos, y la llevó por la puerta y escalera secreta á la sala de armas, después de haber cerrado cuidadosamente las dos puertas.

En seguida apretó con la punta del pie un resorte colocado en el ángulo de la chimenea de alta campana. Al punto giró sobre dos goznes silenciosos una puerta, que no era otra que la plancha de esta misma chimenea; y pasando el conde por debajo de las jambas, desapareció, cerrando con el pie, como la había abierto, aquella puerta misteriosa.

Al otro lado de la chimenea había hallado otra escalera, y después de haber subido quince escalones tapiados de terciopelo de Utrecht, llegó al umbral de un aposento elegantemente forrado de raso bordado de flores de colores tan vivos y formas tan bien dibujadas, que era fácil equivoearlas con las flores naturales.

Dos grandes armarios de concha incrustados de cobre, con un clave y un tocador de palo de rosa, una hermosa cama matizada de varios colores, y jarrones de Sevres, componían la parte indispensable del ajuar; sillas, sillones y sofás dispuestos con simetría en el espacio de treinta pies cuadrados, adornaban el resto de la habitación, que sólo se componía de un gabinete de tocador y de un retrete contiguo á la alcoba.

Dos ventanas cubiertas con espesas cortinas daban luz á este aposento; pero como era de noche á la sazón, las cortinas no tenían nada que ocultar.

El gabinete de tocador y el retrete no tenían abertura alguna. Lámparas que consumían un aceite perfumado, los alumbraban día y noche, y manos invisibles cuidaban de limpiarlas y renovar el óleo, subiéndolas y sacándolas por el mismo techo.

En esta estancia no había el menor ruido, ni un soplo; se hubiera dicho que estaba á cien leguas del mundo. El oro solamente brillaba allí por todos lados: hermosas pinturas sonreían en las paredes, y largos cristales de Bohemia de facetas cambiantes se iluminaban como ojos ardientes. Cuando el conde dejó á Lorenza sobre un sofá, mal satisfecho de la trémula luz del retrete, hizo brotar fuego de aquel estuche de plata que tanto había preocupado á Gilberto, y encendió sobre la chimenea dos candelabros cargados de bujías color de rosa.

En seguida se volvió á donde estaba Lorenza, y arrojándose en un montón de cojines delante de ella, dijo:

— ¡Lorenza!

A esta voz la joven se incorporó y apoyó sobre un codo, aunque sus ojos y labios permanecieron cerrados.

— Lorenza, repitió el conde, ¿dormís con vuestro sueño ordinario, ó con el sueño magnético?

— Duermo con el sueño magnético, respondió Lorenza.

— ¿Entonces si os pregunto podréis contestar?

— Creo que sí.

— Bien.

Hubo un momento de silencio; después continuó el conde:

— Mirad hacia la habitación de madama Luisa que acabamos de dejar hace tres cuartos de hora.

— Miro hacia ella, respondió Lorenza.

— ¿Y veis?

- Sí
- ¿Está allí todavía el cardenal de Rohán?
- No le veo.
- ¿Qué hace la princesa?
- Está rezando para acostarse.
- Mirad á los claustros y patios del convento; ¿veis á S. Em.?
- No le veo.
- Mirad si está á la puerta todavía su coche.
- Ya no está.
- Mirad el camino por donde hemos venido
- Lo miro.
- ¿Veis en él algunos coches?
- ¡Oh! sí; muchos.
- ¿Viene en alguno de ellos el cardenal?
- No.
- Acercaos á París.
- Ya me acerco.
- Más.
- Así lo hago.
- Más todavía.
- ¡Ah! ya le veo.
- ¿Dónde está?
- En la barrera.
- ¿Se ha parado?
- Se para en este momento. Un lacayo se apea de la trasera del coche.
- ¿Le habla?
- Va á hablarle.
- Escuchad, Lorenza; me interesa saber lo que el cardenal dice á ese hombre.
- No me habéis mandado escuchar á tiempo; pero aguardad, aguardad; el lacayo habla al cochero.
- ¿Qué le dice?

— Calle de San Claudio, en el Pantano, por el baluarte.

— Bien, Lorenza: gracias.

El conde escribió algunas palabras en un papel, enrolló el papel al rededor de una planchita de cobre destinada sin duda á darle peso, tiró del cordón de una campanilla, empujó un botón, debajo del cual se abrió una boca, dejó deslizar el billete en la abertura que se cerró después de haberlo tragado.

De esta manera sostenía el conde su correspondencia con Fritz cuando estaba encerrado en las habitaciones interiores.

Y volviéndose después á Lorenza, añadió:

— ¡Gracias!

— ¿Estás contento de mí? preguntó la joven.

— Sí, querida Lorenza.

— ¿Y mi recompensa?.....

Bálsamo se sonrió y aproximó sus labios á los de Lorenza, cuyo cuerpo se estremeció todo al voluptuoso contacto.

— ¡Oh! ¡José! ¡José! murmuró con un suspiro casi doloroso. ¡José! ¡cuánto te amo!

Y la joven extendió sus brazos para estrechar á Bálsamo contra su corazón.